

En una carta personal a quien esto escribe, letra privada, íntima y amable, de Emilia Oliva, del pasado 6 de abril de 2006, nuestra autora escribía:

“Querido José Luis: Adjunto te envío el librito (inconcluso) del que te hablé”; el libro aludido estaba a punto de aparecer impreso en la ya imprescindible editorial Alcántara de Plasencia, que dirige, entre otros, con exquisito gusto Juan Ramón Santos. De esta manera, el último libro de Oliva, *Los ecos y las sombras. Música para un instante antes de morir*, encontraba acomodo entre otros nombres y títulos excelentes, desde Álvaro Valverde, Pilar Galán, Antonio Pereira, Tomás Sánchez Santiago a Gonzalo Hidalgo Bayal, naciendo con paso firme y definitivamente en el panorama literario extremeño y nacional, frente a sus incursiones editoriales anteriores, más tímidas y limitadas.

Pero retrocedamos en el tiempo. De nuevo acudiré al escaso pero significativo diálogo epistolar entre la autora y quien suscribe. En una carta del 4 de febrero del 2000, fechada en Cáceres, Emilia Oliva me enviaba, cito, “un tríptico no muy allá y un enredo de poesía visual”. El tríptico anunciaba ya, incluso en alguna titulación, el torbellino poético en que Emilia se estaba metiendo tras de sus ejercicios anteriores de *(Re)fracciones* y *Figuraciones*.

Continuaba aquella carta: “Sé por Elisa que ojeaste *Figuraciones* ¿Y...? Lo envié a diferentes editoriales como me aconsejó Tomás Pérez desde la editora regional. Visor y Pre-Textos han dicho que no y el resto silencio. No tengo prisa por publicar”. A continuación, me preguntaba por un próximo Congreso de Escritores Extremeños y me manifestaba su deseo de ingresar en la AEEX para, según sus palabras, “a ver si consigo

enterarme de lo que pasa a mi alrededor. Hojear la prensa regional es un ritual que no acaba de entrar en mis rutinas”.

Las palabras citadas nos informan de muchas cosas. En primer lugar, la persistente tarea del poeta por dar a conocer sus versos, porque vean la luz, pero sin prisas, y esto es importante, es decir, sin claudicar, sin rebajarse, sin caer en la trampa de que si no publico no existo. Esta actitud moral, cuadra perfectamente a la actitud estética de Emilia Oliva: la importancia del silencio en su voz poética. Luego volveré sobre esto. Añádanse además los rasgos distintivos de la personalidad del creador que trascienden a su creación como cañamazo de su visión del mundo singular (algo que a duras penas entendemos como “estilo”): Timidez, delicadeza, sensibilidad, medida, susurro (*versus* “canto”).

Su voluntad de estar al tanto de lo que se cuece en el ambiente literario próximo tenía su razón de ser en la necesidad de desembarazarse de una incómoda sensación de “aislamiento”, “desfase”, “incomunicación”, que la autora creía negativos entonces. Todo esto coincide con un periodo de su vida en que tras sus dos primeras entregas poéticas, se embarca en la actualidad lírica extremeña: su trabajo y colaboración en la experiencia de la llamada poesía visual. Como si se hubiera dicho: si tengo que coger el tren tarde, voy a coger el de alta velocidad, voy a ponerme a la vanguardia.

Volviendo a la materia de la carta: *Figuraciones*, su segundo libro, que ya participaba de la llamada poesía visual, se publicaría en el año 2000 tras ser seleccionado, pese a no ganar el Premio, en el concurso literario de poesía Ciudad de Zaragoza (edición XVIII). Concurso que Emilia Oliva ya había ganado en su decimoquinta edición (1997) con el citado libro (*Re)fracciones*. Nótese cómo, hasta en el título, los dos libros evidencian formar parte de un mismo ciclo lírico que el segundo extrema y agota, dando paso a un nuevo ciclo o manera, una nueva etapa, anunciada en el “Tríptico del amor posible” y realizada plenamente en su último libro: *Los ecos y las sombras*.

Continuemos retrocediendo en el tiempo y asomémosnos a la autora con la ayuda de sus cartas.

En otra misiva, del 2 de abril de 1998, Emilia me adjuntaba copia de un relato erótico, “Un rincón en la penumbra”, así como un conjunto de poemas que pertenecían a un proyecto presentado en la solicitud de una beca de creación (otro paso en ese deseo de hacer notar su voz, de sacar la cabeza, de tomar aire, en un panorama lleno de cisnes). La muestra de poemas pertenecía a *Figuraciones*, que la autora no me adjuntó entonces (sólo había hecho antes) porque —me escribía— “no creo que merezca la pena que pierdas el tiempo en algo que todavía no ha tomado forma o al

menos la que busco”, palabras que nos advierten de la precaución del poeta, que delatan, en fin, un *modus operandi* particular, un celo y rigor encomiables. Al manifestarme su duda sobre ese proyecto inseguro, abandonado y rescatado de nuevo, confesaba: “Tengo la sensación de poesía de laboratorio, fría y absurda. El hecho de haber tenido que elaborar la memoria para la beca me ha hecho ver que había una cierta unidad en aquel intento de juego con el azar a partir de textos aleatorios que dieron origen a un primer borrador. El eje temático girará en torno a la figura del hombre esta vez en un contexto más urbano”.

Pues bien, adviértase cómo pese a la aparente distancia y diferencia entre aquel ciclo poético que cierra *Figuraciones* y el último libro publicado, en ambos late una misma preocupación. Ya entonces bullía en la autora el cambio que se avecinaría en textos como el citado “Tráptico...”, en los que, como ocurre en los poemas de *Los ecos y las sombras*, se ha eliminado aquella sensación de poesía de laboratorio, fría y absurda. En consecuencia, la nueva manera es más natural, lo que atañe a su expresión, a su léxico y sintaxis, y a su trabazón en la naturaleza de la frase rítmica; su “voz” última es obviamente emotiva, conmovedora a trechos, y además presenta una intención argumental, una historia, que erradica cualquier atisbo de “absurdo”.

Como la autora explicaba en el Proyecto de creación literaria presentado para *Figuraciones*, en esa etapa de su poesía y actividad creadora su atención se centraba en el análisis de la maquinaria poética (laboratorio), en la reflexión sobre el engranaje de palabras, sometido a torsiones y distorsiones, que constituye la expresión poética (todo ello enriquecido por la dedicación filológica de la autora, su trabajo con la lengua, también la no española, y su actividad como traductora). Entonces, como ella confesaba, la atención u objetivo del poema se centraba en el viaje expresivo, en la aventura azarosa de la expresión, donde “la anécdota vivida y lo autobiográfico quedan relegados a un segundo plano –por no decir fuera– como elementos de poco valor”. Pues bien, frente al juego aleccionador, propedéutico de esos dos primeros libros, en *Los ecos y las sombras* creamos que estos principios se han invertido. Aprendido el oficio, la voz lírica deja a un lado los juegos y ensayos del oficio para entregarnos poemas llenos de vida, de emoción desbordante, de anécdota profunda, desembocando en lo que los románticos inauguraron felizmente como “biografía poética”, sin que ello signifique abandono total o repudio del juego y del “fingimiento” poético. Lo que constatamos es una madurez espléndida de una voz lírica que no ha renunciado a su naturaleza básica, a sus raíces, pero que ha progresado, se ha liberado, ha alcanzado la facultad de “decir” su propia historia, aunque esta historia, como ocurre siempre, sea inventada. Pero la evolución, crecimiento y madurez de su

poesía evidencia, también, una coherencia creativa sorprendente, fruto de su reflexión y maceración lírica constantes.

No hay mejor madurez para la poesía que el silencio y la lectura, como un eco del silencio, y Emilia Oliva ha sabido callar pertinazmente. La diferencia entre una poesía plena en su quintaesencia, madura, emocionada, y una poesía aparentemente plena en su quintaesencia, madura y emocionada, está sencillamente en que la verdadera dice bien porque calla mucho, y la aparente dice mal porque no calla nada. De nuevo la clave está en el silencio, en que exista o no exista silencio poético. Pues bien, el nuevo libro de Emilia radicaliza esta característica de su poesía toda y la hace más explícita para el lector, porque, sin renunciar a la quintaesencia, a la alquitaración expresiva (alquimia), no tiene empacho en mostrar explícitamente la biografía emocionada y tantas veces fingida del yo, la causa que mueve el mundo del poema. Y todo ello bajo el reino de la sencillez, sin estorbos, con una naturalidad pasmosa que conmueve.

En *Los ecos y las sombras*, desde el título mismo, la autora nos advierte sobre la materia que nos ofrece: ecos y sombras, no voces o cosas, sino su suplantación, su reflejo acústico o lumínico, su representación vicaria, en la senda de las “figuraciones” y de las “re-fracciones”. Y esto es muy importante, pues matiza la maduración anunciada al vincularla a lo anterior. En fin de cuentas, la poesía, el poema, como sombra o eco de la vida, con su necesario adarme de “fingimiento”.

El nuevo libro tiene una estructura meditada y de orden musical explícita, desde el subtítulo (título suplantado a la postre: “música para un instante antes de morir”), a las partes que lo componen: “Obertura”, primera parte, como auténtico fragmento instrumental que sirve de preludio, con la intención de captar al público, llamar su atención, con un solo poema. “Andante”, segunda parte, que atañe al tempo, moderado, entre adagio y allegro, que cuadra a la perfección al libro y a la voz de la autora, ya preludiado en la “Obertura”, con el “hay que esperar...”, y que es la parte central, con ocho textos más extensos. “De profundis”, tercera parte, en que se rompe la terminología musical, pero que resulta esencial, como declaración de principios, al albergar textos en que el poeta saca a la luz en 6 poemas cortos una historia oculta, en tiempo de verano (recuerdos de infancia o presente doloroso. Presencia del mundo exterior y vivo. Historia ilativa que se descubre en el último poema). En esta parte, amén de otras resonancias, como la del Salmo “De profundis clamavit ad te, Domine...”, encontramos, cuanto menos como lectores, la del famosísimo título de Oscar Wilde, que recoge la larga carta que dirigió desde la cárcel de Reading a su amante Alfred Douglas, en un momento complejo y crítico de su vida, cuando se le desmoronaba el mundo, ante el escándalo y vergüenza social, que le llevó a sacar todo su dolor, el otro lado, oculto,

de esa vida exquisita del *dandy* conocida. La cuarta parte, “Scherzando”, cuyo gerundio durativo va muy bien al tempo del libro, en solo dos poemas introduce un tono lúdico más aparente que real, y es una alegría y viveza que contrasta con el “De profundis” anterior. Para terminar con el “Finale”, un poema, que nos introduce en el final del día y del libro, en la noche, que nos sumerge en una oscuridad que recuerda la “muerte” del subtítulo, y confirma la importancia que el tiempo, y no solo el “tempo”, tienen en el libro: presentado todo él como un “antes que...”, “mientras que...”, tan fértil en la historia de la poesía, desde Garcilaso hasta Bécquer.

La estructura del libro es perfecta: prólogo “Al lector” + 1 + 8+(6+2)+1. Amén de la progresión temporal que dibuja el conjunto: el ciclo del día.

Por otra parte cabe destacar el gesto cervantino del primer poema, prólogo, “Al lector”, que corrobora lo que tantos han dicho: hasta que un libro no se lee no está acabado; al igual que nos confirma que la lectura crítica no nos pertenece del todo, sino que es fruto de una iluminación que procede de lo leído, esto es: la buena poesía nos eleva como lectores y también como críticos.

No menos destacable es la estructura de las titulaciones, muy características en el libro, al emplear el “ablativo de materia”, que otorga una voluntad temática y un tono clásico a los textos. Ese sentido “matérico” es muy importante y representa uno de los avances claves del libro y de su voluntad estilística. Los poemas (recuérdese lo dicho del título) merodean la vida, las cosas, la realidad, su argumento, y el lector así lo percibe, como leemos en la cita de Borges del poema “del libro y la mesa” (relacionable obviamente con los llamados “protocolos de la escritura”): “Esta habitación es irreal, ella no la ha visto”.

El libro, en fin, se nos entrega como un vilano, con espléndidos poemas, como “de la letra y su música”, donde vida y poesía se unen en arte, como una dualidad inevitable. La dualidades son claves para entender el libro, como nos advierte el título: La realidad y el deseo, la poesía y la vida, los sueños y la realidad, los ecos y las voces, la luz y la sombra; o como “de la playa de arena negra y la mujer que mira”, en el que de la mano de las alusiones míticas a Penélope o Ulises, sobresale la presencia de un erotismo reposado, melancólico, embellecido por una pátina, que es otro de los motivos del libro; o como “de la flor y el tiempo”, donde la conciencia de la madurez, del acabamiento siembra hacia el final del libro un tono de desengaño y desolación conmovedores.

Incluso cabe destacar algo un tanto inaudito y novedoso: el valor de “poética” que adquiere la tábula de dedicatorias final, que nos aclara la vocación matérica del libro ya comentada.

Mas todo ello, en fin, supeditado, una vez más, al rasgo más distintivo de la voz poética de Emilia Oliva: el “silencio”, que es una de las palabras más repetidas, como un eco del propio libro. Y este silencio adquiere poder significativo, musical, al moldear la voz del verso a hechura de su creadora: calma, de voz baja, delicada, llena de silencios, que se apoyan en el uso de minúsculas, versos cortos, blancos, lenguaje esencializado, despojado de ruido verbal, etc. En fin de cuentas, el silencio es la articulación perfecta (con su sonido musical, su poder de sugestión, su esperanza no manchada) ante el desmoronamiento del yo, del poeta, que intenta dar cuenta de la vida, de su vida, de una realidad frustrante, de la que el silencio (la poesía) nos salva.